

Francisco Varo. *Levítico*. BAC, 2025, 267 pp. ISBN: 978-84-220-2407-1.

Presentar un comentario a uno de los libros de la Biblia es una tarea apasionante y ardua: se trata de una selección entre lo antiguo y lo nuevo, de “sacar” lo que sigue siendo fundamental (lo antiguo) y lo que despierta su actualidad (lo nuevo). Exige dedicación y preparación, como ha demostrado Francisco Varo, sacerdote, profesor de la Universidad de Navarra y director de la revista *Scripta Theologica*, en su obra sobre el *Levítico*, que forma parte de la colección *Comprender la Palabra. Comentarios a la Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*. Se une a su comentario al *Génesis*, también en esta colección, y a otros estudios sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

El comentario a *Levítico* se divide en tres partes: una introducción general, un comentario al texto bíblico y una bibliografía. En la introducción se explican las claves de lectura del libro: su origen, estructura, composición, contexto, mensaje e influencia en la vida de la Iglesia y la liturgia. Comienza explicando el nombre del libro, que en hebreo es *Wayiqrá*, “y llamó”, “y [el Señor] llamó a Moisés”, en griego *Levitikón*, y en español *Levítico*, en referencia a la tribu de Leví, responsables del culto. Su finalidad es indicar las normas y prescripciones culturales para mantenerse en santidad y señalar los procedimientos necesarios para volver a Dios si se ha apartado de Él.

El texto del libro del Levítico se reconstruye a partir de cuatro testimonios: tres hebreos (TM, Pentateuco samaritano y los fragmentos de Qumrán) y uno griego (LXX). El autor propone que la redacción del libro del Levítico tiene su origen en la fuente sacerdotal (P) por las distintas huellas redaccionales postexfílicas que posee respondiendo al estamento sacerdotal del Segundo Templo (V a. C.), cuya finalidad sería dejar claro que la supervivencia nacional se debía al ritual del Templo y no a las relaciones con Persia. Varo señala que se encuentran dos colecciones legales sacerdotales secundarias (P<sup>s</sup>): una que recopila las normas de los sacrificios (1,1–7,38) y culmina con la institución de los sacerdotes (8,1–10,20), y otra que recoge las medidas de impureza (11,1–15,33) y termina con el rito del *Yom Kippur* (16,1-34). La Ley de Santidad (17–26) se considera una

redacción ulterior, tal vez independiente, de las últimas etapas de composición del Pentateuco.

El contexto histórico se puede situar en Yehud (V a.C.) con la dominación persa. Tras la caída de Jerusalén (597 a.C.), Judá cayó en una crisis económica y social, pero la política administrativa y urbanística persa favorecieron su desarrollo. Israel asumió el modelo de ciudad-templo babilónico y reconstruyó su templo hasta convertirlo en el principal referente cultural y político, al igual que los templos de la Baja Mesopotamia, cuya administración quedó en manos del sumo sacerdote y supervisión persa, dando resultado a una sociedad teocrática. La sociedad era heterogénea, el extranjero estaba al mismo nivel que el israelita gracias a las normas del culto y a la Ley de Santidad, que configuraron una sociedad coherente con los principios fundantes de Israel y que reconocía la soberanía absoluta de Dios y los lazos que lo unen con su pueblo.

El libro del Levítico se estructura como un díptico con dos secciones complementarias que entablan un diálogo entre sí, y que a su vez se dividen en cinco apartados y un apéndice. La primera sección está dedicada al ritual de los sacrificios, los sacerdotes y las leyes de pureza (1–15), mientras que la segunda se centra en la ley de santidad, que se ocupa del culto a Dios en la vida social, en las relaciones familiares y en el tiempo (17–26), junto con el apéndice (27) sobre las rifas y tasaciones. El corazón del Levítico, el *Yom Kippur* (16), se presenta como una bisagra que permite comprender la sabiduría del libro.

El comentario sigue el esquema del libro bíblico, dividido en cinco apartados y un apéndice. Está presentado con finura exegética y teológica que permite comprender el desarrollo histórico del libro, el significado de las leyes del culto y la santidad, y superar la opinión de que Levítico es un libro “aburrido” en el que solo hay normas. Sigue la traducción de la Biblia de la CEE y analiza la crítica textual, señalando las variantes más notables al TM, Qumram, Pentateuco samaritano, LXX y otras versiones griegas, arameas, siríacas y *vetus latina*. Se centra en el vocabulario, las expresiones y la lógica discursiva, con la ayuda del contexto literario, histórico y cultural. Concluye con un mensaje teológico auxiliado por la antropología, la sociología y la historia, con referencias a la liturgia y la patrística.

El apartado sobre “El ritual de los sacrificios (1–7)” busca reconocer la soberanía y la alianza de Dios, recuperar su amistad perdida por el pecado y aumentar la comunión entre los hermanos, especialmente con los más necesitados. En él se distinguen los diferentes tipos de sacrificios (holocausto, agrícola, de comunión,

de expiación y de reparación), junto con la ofrenda correspondiente y su ritual. Lo interesante es que el profesor Varo señala que la porción de los sacerdotes, llamada tributo (7,30-32), que el mismo sacerdote presentará ante el Señor, viene indicada con el término *têrûmah* refiriéndose a la acción ritual de elevar y bajar la ofrenda hasta el altar, lo cual es una cierta analogía en el ritual de la santa misa (p. 112).

El apartado sobre “La investidura de los sacerdotes y comienzo del culto (8–10)” expone las normas de consagración sacerdotal de Aarón y sus hijos, que se encuentran en Ex (29; 40): un baño purificador, la unción y el revestimiento, seguidos de tres sacrificios: expiatorio, holocausto y consagración, con la indicación de que deben permanecer siete días en la puerta de la Tienda del Encuentro. La expresión hebrea “llenar las manos”, traducida como “ordenar sacerdote” (p. 119), se refiere al momento de la ceremonia en el que se ponen por primera vez en manos del nuevo sacerdote los elementos que han de ser ofrecidos al Señor, indicando la entrega del poder sagrado para ejercer sus funciones. Al final (10,1-20), narra la muerte de Nadab y Abihú, sacerdotes, por no cumplir las normas del Señor. Por ello, se establecen normas para el comportamiento de los sacerdotes, destacando que no pueden ejercer sus funciones arbitrariamente, sino con los rituales establecidos por Dios. La clave del sacerdocio será el óleo de la unción, por crear vínculos con el Señor más fuertes que la sangre.

El tercer apartado describe las “Leyes de pureza ritual (11–15)”. Varo señala que esta sección está unida a la anterior por el discernimiento entre lo sagrado y lo profano, lo puro y lo impuro. Las restricciones sobre los animales apelan al llamado a la santidad, cuyo significado consiste en comer lo que Dios come, para recordar y mantener así la relación con Él. En estas leyes, los sacerdotes, que poseían conocimientos transmitidos de generación en generación, eran los encargados de examinar y dictaminar el proceder de la lepra en la piel, en los vestidos y en las casas, con el fin de evitar el contagio o la propagación. Las impurezas sexuales están reguladas porque la Morada de Dios, expresión de santidad, habita en medio de Israel y es incompatible con estas prácticas. De este modo, el Señor elimina de su pueblo la prostitución sagrada aceptada en Canaán, la ciudad hacia la que se dirige Israel.

El cuarto apartado narra “El gran día de la expiación (16)”. Para Varo la clave está en que el Señor se aparece sobre el propiciatorio en una nube (16,2). Esta presencia divina renueva el perdón anualmente. Se trata de un día de ayuno colectivo y reposo, un retorno al origen de la existencia del santuario. La celebración

consiste en que la asamblea lleva dos machos cabríos, que luego son sorteados y presentados al Señor. Uno de ellos se ofrece como víctima expiatoria para expiar las faltas del santuario, la Tienda del Encuentro, el altar, los delitos del pueblo y los pecados del sacerdote. Al otro, el sacerdote le impone las dos manos sobre la cabeza, confiesa sobre él las iniquidades de Israel y sus propios pecados, y lo envía al desierto a morir. Cristo será imagen del primero, que se ofrece en expiación por los pecados de todos.

El quinto apartado expone “La ley de Santidad (17–26)”. La santidad de Dios se manifiesta en la vida cotidiana y en la moral, y al unirse al culto expresa su origen divino, trascendiendo al ser humano, que no puede santificarse a sí mismo, pero puede alcanzarla a través de sus acciones. La santidad es orden, rectitud, justicia, amor al prójimo y reconocimiento de Dios como creador de todo y único propietario de la tierra. También es sinónimo de separación y/o dedicación, pues Israel, como pueblo santo, está separado de los demás para el Señor.

El autor define esta parte como una “meditación” del Decálogo del Éxodo (20,2-17) y del Deuteronomio (5,6-21), sintetizada en el precepto “No te vengarás de los hijos de tu pueblo ni les guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo” (19,18), pues “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (19,2; 20,26), recalcando que la santidad se vive en la caridad. Así, se establecen las prescripciones de santidad para el pueblo, los sacerdotes y el tiempo. Estas hacen realidad la caridad, que es el medio por el que el pueblo comprende, vive y accede a la santidad de Dios. Para explicar este principio, Varo expone un pensamiento de León Magno: “si Dios es amor, la caridad no puede tener fronteras, ya que la divinidad no admite verse encerrada por ningún término [...] la devoción que más agrada a Dios es la de preocuparse por sus pobres y, cuando Dios contempla el ejercicio de su misericordia, reconoce inmediatamente una imagen de su piedad” (p. 200).

El “apéndice (27)”, final del libro del Levítico, considerado un suplemento, contiene las disposiciones sobre los votos y las tasas (a personas, animales, casas, tierras y diezmos) que podían servir de sustituto de un pago en metálico. Se refiere a las promesas hechas para implorar la ayuda del Señor en una situación difícil y, una vez cumplidas, podían rescatarse con un coste adicional.

Para el profesor Varo, el Levítico concluye reivindicando la autoridad divina de los mandamientos en el Sinaí, lugar de la alianza y culmen de la manifestación de Dios, cuya síntesis teológica es “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (19,18).

Con esta obra, el autor ha demostrado su habilidad y experiencia al “sacar” lo antiguo y lo nuevo de uno de los libros menos leídos de la Sagrada Escritura. La obra destaca por la profundidad en su exposición, haciendo “fácil lo difícil”, con una redacción fluida que capta el interés del lector. Desde la primera hasta la última página se encuentran herramientas para la lectura: la inserción del texto bíblico facilita una lectura continua, evitando la desconcentración al no tener que revisar el texto bíblico en una edición aparte; el aparato crítico ilumina cada paso de la lectura, y la integración de sumarios y comentarios patristicos al final enriquecen el conocimiento. La bibliografía seleccionada, ordenada, actualizada y enriquecida en varios idiomas, revela la maestría del autor, digna de ser consultada por cualquier estudioso del libro.

*Levítico* es recomendable para cualquier persona interesada y para quienes se dedican a la enseñanza, tanto en aulas como fuera de ellas. Se echa de menos una conclusión que recoja el sentido y significado pleno del libro; aunque se encuentran los sumarios, no deja de extrañarse, ya que el Levítico asume los sacrificios como parte de una cultura, por lo que su texto da la impresión de ser un escrito de baja contextualización que se abstiene de describir y explicar los detalles. Agradecemos a la BAC la publicación de estos comentarios, que permiten descubrir lo antiguo y lo nuevo de cada libro bíblico.

Edwin Contreras Ramírez  
*Universidad Pontificia de Salamanca*